

# CONMEMORACION DEL MEDIO SIGLO DE UNA GENERACION PREDESTINADA A VIVIR LAS MEJORES GLORIAS DE LA MEDICINA

Palabras pronunciadas por el Profesor César Augusto Pantoja en la celebración, efectuada en la antiquísima casa colonial campestre del Noble Marqués de San Jorge

Señores de la Mesa Directiva, Antonio Ramírez Soto, Decano; Tiberio Guáqueta Gallardo y Agustín Pachón, organizadores del encuentro de Alumnos y Maestros; Señora Teresita, secretaria permanente de la Escuela del Parque de los Mártires; doctor Alvaro Vivas Trochez, gestor de la hospitalidad en esta histórica Mansión Colonial; Señores Profesores, Señoras y Señores:

La cita que se cumple en el momento, la formula una generación que hace cuatro decenios emergió del aula predestinada a vivir las mejores glorias de la Medicina. De ahí el recalentamiento regocijante del compañerismo en medio de sorpresas y añoranzas; de ahí el interés que se despierta por conocer las bienandanzas; de ahí que se invite a la tribuna a un veterano, no sólo para comprobar la manera como los inviernos de la vida escarchan las sienes y llena de nieve la cabeza, sino también con la encomienda implícita de recorrer el velo de la Historia y en concisas frases de limitado espacio, discurrir sobre pocos de los muchos acontecimientos científicos de antaño, pero que relucen en el curso de 50 años de labores en las faenas nobles de la Medicina. Es el punto central de mi vacilante intervención.

Una nube oscura de melancolía en su curso desapacible, opaca temporalmente la celebración de esta tarde, ella es portadora de una lista penosa de profesores asistentes y compañeros de estudio desaparecidos, nos inclinamos, ante quienes muy a nuestro pesar, se han quedado tendidos en los campos por donde hemos transitado, vencidos por el cansancio del camino, mas al final de la ruta, todos juntos nos hemos de reunir frente al abismo insondable del misterio. Para aquellos se consagra nuestro fraternal respeto.

El tiempo sigue su marcha y la serenidad retorna con su auxilio; séame permitido usar la alegoría en el relato de la forma como impresionó la fantasía, la cordial invitación de ustedes para que yo representara a mis colegas en esta solemne ocasión, en que los aquí reunidos, cumplen cuarenta años de haber coronado, con dedicación y esfuerzo una carrera cuyo ejercicio en el caso contemplado, es clara demostración de dignidad y esmero.

Valen las metáforas para referir las ocurrencias. En efecto: días atrás anunciaron su visita a nuestro hogar dos aventajados discípulos del pasado, ahora connotados colegas y dilectos amigos: Agustín Pachón y Tiberio Guáqueta Gallardo. Poco después vino de repente la sorpresa, seguros de no estar soñando al medio día, mi esposa y yo, quedamos atónitos frente a la presencia de dos heraldos de la tambaleante Escuela del Hospital de San Juan de Dios, Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, que dicho sea de paso ha permanecido en estado preagónico en medio de las dificultades críticas que afectan a los hospitales colombianos.

Ante los emisarios de inmediato, obvia fue la identidad de los portadores del mensaje inesperado, ambos ostentaban la silueta médico-humanística de la estirpe que atiende la salud, además, arribaron en una nave de la Hélade Espartana, fueron guiados por un Dios de hinchados carrillos de que habla Ortega, las finas maneras, el pergüño y el atuendo, fácilmente descubrían a los personajes de la vieja guardia, también vestían ropones de arcaica usanza, hechos de telas lisas y rayadas, de colores un poco desteñidos, recién desempolvadas, como que reposaban bien guardados, por más de 50 años, en los anaqueles del recuerdo.

Maruja antes que yo, se dio cuenta con presteza del carácter irrevocable de una notificación, que impone el compromiso ineludible de exponer en cortas frases y acaso con balbuciente dicción, lo que yo pueda decir, forzosamente modesto y sin los oropeles oratorios que acaba de exhibir con airoso garbo, la garganta tribunicia de mi antecesor, el cirujano Pachón, confeso de haber sido mi alumno desde hace 51 años.

Así pues, nos volvemos a encontrar 40 años después —parece ayer—; cuando se toleraban mis imperfecciones, o las retornaban con estímulos y señorial cordialidad. Pero ese lapso es mayor que el apuntado, rebosa los cuatro decenios, llega al medio siglo si se incluyen los años empleados por ustedes en el conocimiento de las ciencias básicas, la clínica, los internados y las investigaciones necesarias para presentar la tesis, para optar al doctorado médico y la licencia para ejercer la medicina.

Nos situamos todos los presentes, asomados al filo de la mitad del siglo XX, centuria que se aproxima a su fatal deceso emplazada por la Organización Mundial con la declaración más trascendental que puede formularse: "Salud para todos en el año 2000".

No creo que hay tópico mejor para cumplir mi compromiso con esta audiencia, que me dispensa el alto honor de escuchar mis notas, máxime si se tiene en cuenta, que al siglo le alcanza el reto, en las proximidades del fin de la vida, cuando da señales evidentes de estar padeciendo una tremenda enfermedad que amenaza conducir al paciente al estado terminal de la existencia, se encuentra en estado preagónico, en vísperas del coma, todos los pataleos que da son desastrosos.

La Historia Clínica, ese modelo inmejorable del método científico, que en ningún otro campo tiene rival que lo supere, fuera de él nada es mejor, esa Historia Clínica revela que la afección fatal está integrada por dos componentes semiológicos, ambos patognomónicos, son ellos un síntoma funcional telencefálico, y un signo físico vital;

es el primero, el funcional, el delirio, el Siglo XX delira, delira hasta más no poder, si alguno de los eminentes internistas que nos atienden abrigara alguna leve duda, ella se le desvanece si se asoma a una de las reuniones políticas, o a cualquier otro lugar donde se cocinan las grandes decisiones nacionales; el segundo componente clínico, el signo físico, está configurado por las convulsiones desordenadas y espantosas que sin manifiesta aura da el paciente a cada rato, el mismo internista podría ir a un espectáculo público, o también a una corporación legislativa, o esperar la erupción de un nevado, y ya venir a proponer con evidencia el diagnóstico de epilepsia, sin que falte en el concepto una disritmia.

Pero queda cierto que el Siglo XX adolece del mal comicial, el mismo que padecía Julio César, el egregio romano, eso, que el siglo en este medio es epiléptico lo corrobora la naturaleza misma que sufre del Gran Mal. La otra cara de la medalla existe también; es así como queda aceptado el diagnóstico definitivo de epilepsia internacional, empeorada en el desorden nacional y, encontradas las similitudes con la afección que padeció el fundador del Imperio Romano, quien a pesar de la enfermedad convulsiva, exhibía constantemente las cualidades del genio, la altura de las ideas, la grandeza de las acciones, de igual modo es manifiesto que el Siglo XX, enfermo de gravedad y con todo, está conduciendo a la medicina a las más eminentes alturas de su historia. Sería muy extensa una ponencia que recorriera el velo de la historia para mostrar las grandes y benéficas hazañas de la Medicina actual, esas páginas quedan reservadas para una pluma muy fina y que disponga del tiempo y las calidades necesarias para hacerlo mejor de lo que pueden estas resumidas frases.

Todos los que concurren a esta animosa convocación conocen, tanto como el expositor, cuanto ocurre en los perennes amaneceres de la Medicina, especialmente prominentes en el último de los decenios que vivimos, y en lo propio de cada uno de ustedes, lo que han tenido que aprender en el curso de los últimos cincuenta años, interregno novedoso en cuyo transcurso es preciso volver a estudiar la medicina cada cinco años, y autoevaluándose constantemente so pena de tener que marginarse por el atraso.

Protuberantes son las distancias que median entre aquel pasado fugaz de la graduación y lo que es la medicina de los tiempos modernos, y lo que esa ciencia y ese arte preludian en los tiempos venideros pisándole los talones de las ciencias exactas. Que baste para ilustrar esta observación, el contemplar el espectáculo esplendoroso que conforma el desfile interminable de las actualidades, corren ellas con ritmo tan excesivamente acelerado que le dejan al estudioso la mirada atónita; a la mente más despierta y más habituada a las lecciones, no le queda lugar para apreciar la información, el profesional se asombra mayormente hasta asustarse, con ese presuroso reemplazo de las tecnologías que embargan sin consideración la medicina, cuando una generación de un artefacto está saliendo al mercado de la salud, a pocos meses o semanas, ya se anuncia que la próxima generación corregida y mejorada, tiende a volver chatarra a la anterior. Hardware y software, intelecto y forma, programa y máquina, alma y cuerpo, ideología y materia, están a la tecnología médica contemporánea amenazando con su impacto formidable, hacer la ruina de las conquistas del ayer que se extingue precisamente cuando el siglo comienza a sentir el sol a sus espaldas, con el encargo de legarle a su sucesor la "Salud para Todos".

El aparataje que marcha, responde, devuelve, potencializa y da enseñanzas precisas a las velocidades del sonido unas, a las de la luz otras, o sea 360.000 kilómetros por minuto las primeras, por segundo las últimas, los complejos editoriales de información y de docencia regular, formal, informal, autodidacta o de educación continuada nos sobresaturan de conocimientos tan descomedidamente, que obligan

al retiro prematuro, o mejor a la inmunización energética, que sirve para crear fuerzas y resistencias que superen los cambios y recambios de la medicina de nuestros días. Increíble pero cierto es el destino del médico moderno, agobiado por el dilema de no alcanzar a dominar todo el progreso ni poder quedarse en lo desueto. Ahí se encuentra la gran muralla que separa lo que se enseñaba hace 40 años y lo que hay que aprender al final de la centuria.

Produce respetuosa hilaridad entrar a hacer comparaciones sobre las transformaciones operadas en la franja de los 40 años que esta reunión conmemora. La hilaridad es sonrisa adusta que recuerda un adagio latino que, si me perdonan el cultismo, me sirvo expresarlo en su original dicción, que dice: "Senec rideo ea res quod laudavit pueri". Sin ignorar que la generación de ustedes tuvo esas disciplinas, me permito recordarles que se traduce esa frase así: Ya viejo me hace sonreír cuanto adoré cuando joven.

Sólo falta para ver convulsionante el fin del siglo, invocar la revolución en que vivimos, revolución científica armada con la tecnología, en pos de la renovación y el cambio, eso recuerda aquella escena dramática cuando uno de los helenistas seguidores de Erasmo de Rotterdam que la posteridad conoce con el nombre de Paracelso, hacía su lección inaugural en la Universidad de Basilea. Era entonces de recibo enseñar medicina en el latín que imperaba desde Galeno y Celso, Bombasto rompió la tradición y ante el asombro de sus alumnos, habló en el dialecto dominante en la Confederación Helvética. A continuación el audaz reformador rompió con la costumbre y obligó a situar la Medicina en la más extensa esfera de las lenguas vivas de los Estados Nacionales del mundo cultural de entonces, que se prolonga en el de hoy. La liberación sirvió para llevar a la medicina a su universalismo.

No se detuvo allí el tempestuoso Paracelso, sino que colocó en un estante frente a su escritorio, una montonera de libros y ediciones que contenían las ideas de Galeno, Avicena, Averroes y de numerosos traductores del fugaz florecimiento árabe, y mostró al público un extraño contraste entre las autoridades de un lado y del otro, respectiva, la figura retante del iconoclasta, quien en vez de ofrecer la especie literaria como texto de estudio, una tras otra y con desprecio, la deposita toda en el brasero y la hace devorar del fuego en símbolo de la quema definitiva de los ídolos, que en latín mantuvieron encarcelada a la Medicina durante la era medieval oscura. Finalmente Paracelso ofreció a los estudiosos las innovaciones farmacológicas que hoy se desarrollan perfeccionadamente, adornándolas con el libre examen en la enseñanza de la ciencia.

Que me perdonen mis cortedades si me he dejado cautivar por los contrastes mostrados por la evolución del pensamiento médico, como me lo sugiere en mi escasa fantasía, este trecho de medio siglo que dista entre la llegada y estado actual de esta generación en los inmensos dominios de la profesión.

No sería justo dejar de reconocer el apoyo y el estímulo de nuestras esposas que nos acompañan en esta ceremonia, se casaron con personas que juzgaron de su especie, pero al fin de cuentas, ellas están casadas con la Medicina; inconsideradamente no les permitimos tiempo para más. ¡Loor a su estupenda inspiración y amparo!

Que me perdonen si como es de temerle, no he alcanzado a dar su merecido realce a estos antiguos discípulos reunidos en esta ocasión.

A la cordialidad y cortesía de ustedes, hidalgos de la Medicina, sólo respondo con mis modestas frases que aquí concluyen, queridos y eminentes médicos colombianos.

Con todo mi afecto les doy las gracias.